



"DE PURA SANGRE"

MADGE EVANS • CLARK GABLE

— PUBLICACION SEMANAL

50
GS

LOS
MEJORES
FILMS

Año I

Núm. 9

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario B I S T A G N E

Pasaje de la Paz,
número 10 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551
BARCELONA

De pura sangre

Superproducción de excepcional interés interpretada por los celebrados artistas CLARK GABLE, MADGE EVANS, ERNEST TORRENCE, LEW CODY, etc.

Es un film

Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S. A.

Mallorca, 220 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

PF

De pura sangre

Argumento de la película

Jim Rellence era el propietario de unas importantes cuadras. Allí se criaban los mejores caballos de la región, caballos de pura sangre que eran luego vendidos para las grandes carreras en los hipódromos.

Aquel día, Jim, con una sonrisa de orgullo contemplaba cómo corrían por la pradera los mejores ejemplares de su propiedad.

Las cuadras estaban al cuidado de una familia de negros, buena gente que sentía por aquellos animales verdadera ternura.

La familia estaba constituida por matrimonio y cuatro hijos, pequeños aun, y era de la más absoluta confianza del señor Rellence.

Uno de los niños se acercó a Jim y le dijo que acababa de llegar Mac Guire, importante comprador de ganado.

—Entró por la puerta de atrás, señor. Está ahora comiendo un pedazo de torta en la cocina.

Sonrió Jim y fué al encuentro del recién venido.

—¿Viniste a comer tortas?

—Jim, no puedo resistir las tortas de Gloria.

—Bueno... bueno... Supongo que querrás comprar la potranca.

—¿Cuánto?

—Mil dólares al contado.

—Es caro. Ochocientos.

—No. Mira, vamos a ver los caballos.

Fueron a la pradera, admirando los distintos ejemplares, animales esbeltos, de la más fina raza, que valían una fortuna.

—Aquí criamos un caballo que ganó el Kentucky Derby—explicó Jim.

—Parece mentira que nunca los hagas correr en las carreras.

—No tengo con qué. Yo los crío para que otros los hagan correr. Pero mira, ahí tienes el caballo que quiero venderte. Tiene un año justo.

—Demasiado pierni-largo.

—Para su cuerpo, no.

—Digo lo mismo. Ochocientos.

—No puede ser...

Siguieron avanzando. Comenzó a llover. Una lluvia fina, pero que amenazaba convertirse en fuerte chaparrón.

Vieron de pronto una yegua.

—¿No es esa Honey Gal?—dijo el visitante.

—La misma. Ven, Honey Gal, ven, viejita.

Y el animal, como si entendiese esas palabras bondadosas, avanzó hacia su dueño y se dejó acariciar. Era vieja, había perdido ya aquella armoniosa línea de antaño.

—Corre bien, pero no tiene suerte con su cría. Su potro se está muriendo.

—¡Pobre!

Se detuvieron ante otra yegua, negra y finísima, de ojos inteligentes.

—¿Es esa Southern Queenie?

—Sí. Y es la única yegua que he hecho correr. Ganó veintiuna carreras. Más para ella la pista tenía que estar seca. La pobre nunca pudo correr en el barro.

—¿Esperas que tenga un potro?

—Dentro de dos semanas, ¿verdad, Queenie?

Acarició al noble animal, quien dió un relincho con el que parecía demostrar su agradecimiento.

Arreciaba la lluvia, y como los animales estuviesen aún pastando en la pradera, Jim ordenó a su criado negro:

—Di a tu hijo Sam que meta las yeguas en la cuadra. Pronto.

—Bien, señor.

Un negrito se encargó de juntar todos los caballos bajo un verdadero diluvio. No se dió cuenta, a causa de la espesa cortina de agua, que la yegua Queenie caía en un vado e inútilmente intentaba levantarse.

En tanto Jim y Mac Guire concertaban la operación de venta del potranco.

—Sólo te doy ochocientos dólares. Los tiempos están mal.

—Es un robo, pero te lo doy.

Volvió Sam anunciando que ya todos los caballos estaban en sus cuadras.

—¿Y Queenie?

—También, señor.

—Ponla en el establo F. Tenla sola.

Mac Guide golpeó bondadosamente la espalda de Jim.

—Tú quieres mucho a esa yegua.

—Es que vale mucho.

—¡Embustero! Quieres a cada uno de tus caballos.

El negrito volvió, asustado, llorando.

—No está Southern Queenie, mi amo.

—¿Cómo? ¿Pero no la trajiste?

—Sí. Yo la traje.

—Imposible, Debe haberse quedado en el camino. ¡Pobre animal!

Corrieron hacia las cuadras y las registraron infructuosamente...

—Hay que ir afuera—dijo Jim, malhumorado—. Si no te importa la lluvia, puedes acompañarnos, Mac.

—Vamos en seguida.

—¡Ah, dejar escapar esa yegua!... A esos bribones de mis criados los voy a echar a la calle.

—Tú no echas a nadie. Te conozco demasiado.

Precedidos de la servidumbre se dirigieron por los caminos en busca de la yegua.

Comenzaban ya a desesperar cuando unos relinchos lastimeros, tristes, les llamaron la atención. Corrieron. Caída en un vado, con una expresión de infinita congoja, estaba la pobre yegua. Y a su lado un potrillo recién nacido...

Conmovidos rodearon a la pareja.

—¡Trae gente, el carro y el aparejo!—ordenó Jim a uno de los negros.

El sirviente recogió el potrillo y lo tapó cuidadosamente.

La yegua levantó la cabeza con un gesto que parecía casi humano. Había en sus ojos como una llama de dolor. Intentó incorporarse y volvió a caer sin fuerza alguna.

—¡Pobre Queenie!—dijo Jim conmovido—. ¡Qué broma tan pesada nos han jugado!

—Tiene la pata rota, Jim.

—Tal vez se pueda salvar. Vamos a entablillarla. Era mi mejor yegua.

—No la puedes salvar. Es inútil. Bien lo sabes... La pata rota en esta posición es la muerte para el animal.

—¡Queenie! ¡Pobrecita!

Le lamió el animal la mano que le acariciaba. Había en todo él una expresión tan triste que parecía comprender.

Durante unos minutos quedaron velando el sufrimiento de aquella pobre bestia que hubiera podido aún dar días de gloria y que había de morir por un torpe accidente.

Apareció el carro con los negritos que apenas osaban pronunciar palabras, doloridos por la emoción.

El criado negro entregó a Jim una escopeta. Sabía lo que había que hacer. Era preciso evitar nuevos sufrimientos a la pobre bestia, inmóvil sobre el agua.

—¡Pobrecita! Lo siento muchísimo... Ya sabías que no podías correr en el barro—murmuró Jim.

Metieron el potro en el carrito, y Jim fué a apuntar a la yegua. Su mano temblaba. ¡Tener que sacrificar, por no poder salvarla, a la mejor yegua! Mac comprendió su emoción y le quitó la escopeta.

—Mejor será que lo haga yo, Jim.

—Toma, entonces.

Le dió la escopeta. Se alejó unos pasos. Poco después sonó un tiro. Mac se había encargado de matar a la pobre bestia, vencida por la fatalidad.

A punto estuvo Jim de llorar. ¡Cómo sentía el sacrificio de aquella yegua de pura sangre!... Avanzó hacia el carro donde estaba el potrillo, abrigado, temblando aún bajo los efectos de la humedad. El negrito Sam, que se había dejado olvidada antes la yegua, le miró, asustado, con verdadero terror. Había lágrimas en sus ojos... Sus manos acariciaban al recién nacido, como si también le pidiera perdón.

Jim, melancólico, dió orden de marcha... Comenzaba a aclararse el cielo. Pero en el alma del propietario había sombras de luto. Sentía el dolor del sacrificio de la yegua buena, inimitable, que había muerto ya, y que le acababa de dar ese potrillo que parecía quejarse tristemente.

* * *

Los negros llevaron el potrillo al pabellón donde ellos vivían y mamá Gloria se encargó de calentar un poco de leche para el animal.

El marido y los niños aparecían abstraídos. Al menos que se salvase el pequeño.

Por fin se enteró la mujer del suceso y lamentó como todos el triste fin de la yegua.

Apareció Jim. Sus ojos tristes contemplaron al potrillo que parecía aún temblar.

—¿Todo va bien?

—Está tomando el hiberón, señor.

—Anda, frótale las piernas al potro—indicó a Sam.

Pusieron al potrillo junto al fuego y lo taparon con una manta. Tenían para él cuidados maternos.

Jim continuaba abatido. A medida que pasaban las horas se daba cuenta de la gran pérdida experimentada por la muerte de Queenie. Era la mejor yegua, la más ágil y de mayor estima. ¡A lo menos si viviese ese potrillo y pudiera acercarse a las cualidades de la madre!

—Se me ha ocurrido una cosa. A ver si Honey Gal quiere criar a Tommy. Porque a ese caballito le llamaremos Tommy.

—Me parece una buena idea, señor.

—Los criados con biberón nunca resultan buenos. Que Sam lo lleve a Honey Gal al anochecer. Ha muerto el potrillo de esta yegua... y el otro podrá sustituirle.

Y el negrito, aquella noche fué a las cuadras donde estaba Gal, inmóvil, cabizbaja, como si llorara la muerte de su hijo.

—Honey Gal—dijo sonriente Sam—. Te traigo otro hijito. Es Tommy Boy, el huerfanito de Southern Queenie.

Colocó el potrillo junto a la yegua.

—Tommy... ésta es tu nueva madre... Anda.

Y el animal, con ciego instinto se acercó a las ubres maternas y se amamantó... Y la yegua pareció contemplar con ternura al pequeñuelo. Un misterioso anhelo le hacía querer a ese potrillo que sustituía al caído... Y el negro Sam sonrió y fué a comunicar alegremente a todos:

—¡Tommy Boy ya tiene mamá!

* * *

Pasaron meses. El potrillo crecía. Por primera vez Sam probó de montarlo. Y a pesar de las instrucciones que le dieran Jim y su padre, el animal, que prometía ser un caballo de raza, bravo y ágil como una centella, le derribó. Había heredado de su madre,

la yegua famosa, igual cuerpo fino, piernas largas, corazón fuerte, maravillosa vista... todas las cualidades que harían de él un maravilloso caballo.

Y Jim estaba contento. Bien le había dejado un buen heredero la pobrecita Queenie. Un heredero que era el orgullo y la gloria de la casa.

Y pasó tiempo... y el potrillo se convirtió en un caballo que ya no era una simple esperanza, sino una maravillosa realidad. Sam, que se había convertido también en un muchachote, era el que lo montaba y había conseguido dominar su ímpetu...

Corría el caballo como un gamo, y Jim contrastaba jovialmente el escaso tiempo con que daba vueltas a la pradera.

La yegua Honey Gal, la que había amamantado al que ahora ya era altivo potro, relinchaba alegremente como saludando al que prometía ser por entero triunfador.

—¡En veintitrés segundos ha dado la vuelta!—dijo el negro—. Ha batido todos los records... Este potro es demasiado bueno para venderlo.

Jim sonrió.

—Sí. Ya sé que puede correr, pero crío caballos para venderlos. Southern Queenie fué una excepción.

—Ese potro tiene todo lo que tenía su madre. Si lo vende le traerá muy mala suerte.

—Ya veremos... ya veremos... Si vendo los otros, tal vez me quede con él.

Días después se presentó en la hacienda el señor Hart, un importante comprador, rico ganadero que se enorgullecía de presentar en las carreras de caballos los mejores ejemplares del país.

El negro rondaba por allí cerca, temiendo que el señor Jim vendiese el caballo favorito.

—¿Qué tal estás de caballos este año?

—Tengo unos que van a dar muy buen resultado—contestó Jim.

—Centinela Negro, hijo de Fearless y de Honey Gal, ¿murió?

—Sí.

—Tommy Boy, el hijo de Redwood y de la yegua Queenie, ¿cómo va resultando? Me han dado buenos informes.

El negro miró a su amo con tristeza. Este sonrió y no queriendo por el momento desprenderse de aquel potro valioso, contestó quitándole importancia:

—¡Bah! ¡No es gran cosa!

—Mal negocio entonces. Porque los potros de Southern Queenie siempre se pagaron caros. ¿Tiene algún mal crónico?

—No tiene buenos pulmones... y los huesos de las piernas débiles... Parece que no los tiene bien. No habría gastado en darle de comer si no fuera porque quise mucho a su madre.

Pero el presunto comprador no parecía muy convencido de aquellos malos informes y propuso:

—Sin embargo, quiero verlo.

Jim se volvió hacia el negro.

—¿Ya volvió Tommy Boy del veterinario, Ben?

El sirviente, con una sonrisa de complicidad contestó:

—No, señor... No ha vuelto todavía.

—¡Cuánto lo siento!—dijo el comprador—. Veré a los otros.

—Muy bien. Saca los potros, Ben.

Ben salió y llamó a su hijo.

—Llévate a Tommy, pronto. Lo quieren comprar.

El negrito se apresuró a coger por las riendas al animal y lo ocultó en su casa. Que no lo vendiesen, porque lo amaba como algo propio.

Puestos en fila los caballos y yeguas, el comprador los examinó, pero de pronto, volviéndose rápidamente hacia Jim que se alegraba de que hubiesen escondido a Tommy, le dijo:

—Vamos ¿dónde está Tommy Boy?

—¿No te dije? Está fuera aún.

—No mientas... En Kentucky no se puede esconder un buen caballo. Hasta los periódicos hablan de él.

—Te aseguro que...

—Si no me lo enseñas, no te compro esta vez ningún caballo.

Escoge.

Jim necesitaba vender y no tuvo otro remedio que inclinarse ante las circunstancias. Y bien a su pesar hizo aparecer a Tommy Boy.

Hart quedó maravillado. Lo examinó rápidamente y se convenció de que tenía cualidades excepcionales.

—¡Magnífico!... Piernas débiles, ¿eh? Y tiene los huesos malos, ¿eh? Vamos, hombre... Te doy tres mil dólares por él.

—¿Estás loco? No tiene un solo defecto. Las piernas son de acero. Hizo un cuarto de milla en veintitrés segundos.

—Y no tenía pulmones, ¿eh? Y era un mal negocio... ¡Qué

embustero eres! No querías venderlo, eso es todo. Pero si quieres que te siga comprando, es preciso que me vendas ese potro. Te daré seis mil dólares.

—Pero debes comprender...

—Contesta en seguida. Hace muchos años que te compro tus caballos, pero si esta vez no me vendes ese potro, hemos terminado.

Ante aquel dilema, Jim no tuvo otro remedio que acceder, con todo el dolor de su alma.

—¡Trato hecho!

Y horas después un carro se llevaba a Tommy Boy. Jim estaba triste y los negros no podían ocultar sus lágrimas, especialmente Sam, que lo había cuidado desde su nacimiento.

Cogiéndole cariñosamente le ayudó a subir al carro y le dió consejos ingenuos.

—Sube por aquí, Tommy... no te vayas a hacer daño... Y cuando se mueva el carro, no tengas miedo...

Luego dió instrucciones a los carreteros, y el carruaje se alejó. Relinchaba tristemente el potro, adivinando que cambiaba de dueño, que se iba a separar de aquel ambiente acogedor... Allá, en su cuadra, la yegua Honey Gal relinchaba también furiosamente ante la separación.

Los negritos lloraban. Jim tenía que morderse los labios por no llorar también. Pero el negocio no tiene entrañas. Y había tenido que sacrificar en aras de él al caballito bueno... ágil, que tal vez hubiese dado a la casa un esplendor ilustre...

* * *

En las carreras de Latonia iba a tomar parte por primera vez en una competición oficial el potro Tommy Boy.

—Tommy los pasará a todos como el viento—dijo Hart, orgulloso de su adquisición. Luego fué a dar instrucciones al jockey acerca de dominar a Tommy.

—Suéltalo desde el principio y ya verás cómo llega primero a la meta.

El entusiasmo era grande entre la multitud y las apuestas numerosas.

Entre los que allí se hallaban figuraba el matrimonio Ludeking, él, un joven corto de genio; ella, una mujer caprichosa que no encontraba freno a sus proyectos, casi siempre absurdos.

Ludeking apostó también por el caballo Tommy, convencido de que había de obtener el triunfo.

Iba a comenzar la carrera. Hart fué a ocupar un palco esperando con emoción el resultado de la lucha.

En el palco cercano al de Hart se sentó el matrimonio Ludeking y trabó conversación con el propietario.

Angeles, la esposa de Ludeking, exclamó al ver salir al jockey que montaba a Tommy:

—Me gustan los colores de ese jockey.

—He apostado por su caballo... es del señor Hart.

—¡Qué bien! Estoy seguro de que ganará.

Tommy Boy desde un principio se destacó con maravillosa regularidad sobre todos los demás caballos.

—Este caballo es estupendo—decía Angeles entusiasmada—. Mira, maridito, dile al señor Hart que se lo compramos.

—Pero, mujer, eso es un caballo, no un perro faldero.

—¡Cómo me gustan esos colores del jockey! Tienes que comprarme ese caballo. Nunca he querido tanto una cosa... ¡Anda, cómpramelo!

—Debes comprender...

Les interrumpió un griterío. Tommy Boy llegaba a la meta. Su maravillosa agilidad había superado todos los cálculos. Estalló una ovación delirante. Hart estaba muy contento.

Angeles insistió tercamente en que quería comprar el caballo, y su marido, acostumbrado siempre a hacer la voluntad de ella, no tuvo otro remedio que acceder.

Abriéndose paso entre el gentío que rodeaba a Hart, que se hallaba acariciando al caballo, le dijo:

—Mi mujer está loca por Tommy Boy, querido amigo... y desea comprárselo.

—No es mi propósito venderlo. Quería quedarme con él. Además, usted no los hace correr.

—Cuando mi mujer quiere algo, lo consigue. No repare en el precio.

Hart era hombre poco dado a los sentimentalismos y que iba a su negocio.

—¿Cuánto me da?

—¿Quiere treinta mil dólares?

—Cuarenta mil.

—¡Trato hecho!

Y fué de esta manera tan sencilla cómo la caprichosa señora Ludeking se vió dueña del caballo.

Ella, emocionada, le cogió de las riendas y le quiso hacer seguir. Pero tuvo que llevarse también un perro que no había querido abandonar nunca a Tommy y que era su mejor amigo.

La noticia de aquella inesperada compra causó sensación. Periodistas y fotógrafos rodearon a la caprichosa mujer. Al día siguiente todos los periódicos publicarían entrevistas y retratos de la bella criatura que por un capricho había pagado cuarenta mil dólares... Pero ¿qué importaba esa cantidad? Su marido era muy rico... al menos ella lo creía así... aunque ignoraba que el derroche excesivo que ella llevaba había abierto una brecha gravísima en su fortuna.

Hart hizo un negocio esplendoroso. Había ganado varios miles de dólares. El capricho de una criatura extravagante le había favorecido grandemente.

La señora Ludeking, que no admitía consejos de nadie, sintió durante algún tiempo el vértigo del propietario de caballos. Dueña de Tommy Boy, le hizo correr sin descanso en las distintas carreras que se organizaban. Nueva Orleans, el Gran Derby, el Grand Prix de Beaumont, la copa de Ascot... Sin someterse a un previo plan en que alternase el ejercicio con el reposo, sometía al caballo a una actividad perjudicial que producía en las facultades de la noble bestia un descenso notable.

Pero Angela no reparaba en ello, deslumbrada únicamente por el deseo de que Tommy ganara siempre y por la vanidad de sentirse dueña de aquel gran favorito en todas las carreras.

Un día, en ocasión de una de las carreras, el jockey, hombre entendido, le advirtió oportunamente:

—No debe permitir que Tommy corra hoy.

—Lo mismo me ha dicho usted todos los días.

—Y motivo hay para ello. Últimamente ha estado corriendo demasiado y no está en buenas condiciones.

—¡Bah! Se llevará la carrera fácilmente. Además, mis amigos han apostado por él; yo también he apostado mucho dinero, y no podemos volver atrás.

—Le digo que no podrá terminar la carrera.

Su marido intentó también convencerla, pero ella se opuso rotundamente a la pretensión.

El pobre caballo realizó un esfuerzo sobrehumano para vencer, pero no le fué posible. El trabajo a que había sido sometido, con una intensidad brutal, rompía el equilibrio de sus fuerzas, y perdió la carrera.

* * *

Ello ocasionó a la señora Ludeking un estallido de furor e increpó duramente al pobre animal que parecía mirarla, comprensivo y noble, perdonando su injusticia.

—¡Le odio! ¡Le odio!—rugía aquella gran desequilibrada—. ¡Llévatelo y véndelo! No quiero saber nada más de él.

El marido pretendió consolarla.

—Vamos, no te pongas así. Ya veremos lo que se hace con él. Dejémoslo ahora en la cuadra y nosotros vayamos al casino de Tip Scanlon a ganar lo que perdimos.

Y subiendo a un automóvil se dirigieron hacia el gran casino que dirigía Tip Scanlon, un pájaro de cuenta, hombre muy influente en todos los organismos sociales, que trataba en toda clase de negocios sucios.

En el casino se jugaba a la ruleta y al pocker, con una organización fastuosa que recordaba Montecarlo.

Elegantes clientes ganaban o perdían alrededor de los tapetes verdes. Los rostros experimentaban mil variaciones, desde la alegría frenética del vencedor al gesto desesperado del que ha perdido el último céntimo y ya no le quedan esperanzas de recuperarlo.

Riddell era uno de los croupiers de la casa, un muchacho de buena familia a quien reveses de fortuna habían llevado a aquella profesión y a ser cómplice del jefe. Junto a él, jugando buenas cantidades, se encontraba Ruby, una bella mujer, de maneras delicadas y suaves, que era la amiga de Tip Scanlon, más por gratitud que por verdadera pasión de amor.

Riddell se hallaba enamorado de Ruby, y también la joven había sentido nacer en su corazón las ansias del verdadero amor.

Un criado se acercó a Ruby:

—Señorita Ruby, el señor la llama...

—Bien, voy allí... Guárdame el sitio, Riddell.

—De mil amores.

Se dirigió hacia el despacho del jefe, y viendo la cara severa de éste le dijo con amabilidad:

—¡Hola, Tip! ¿Por qué esa cara tan larga?

—Mis motivos tengo. ¿Crees que no te vigilo? Tú te estás enamorando del croupier.

—¿Celitos tenemos?

—Te pasas el día entero en la mesa de Riddell...

—Es el mejor croupier que tienes.

—No me gusta como os miráis.

—Vamos, Tip, no seas torpe. Hemos estado juntos tres años y nunca te he engañado... ¿Crees que lo haría ahora?

—Por si acaso, no olvides que a mí me lo debes todo. Que te recogí del arroyo y...

—Ya lo sé. A menudo pienso en eso.

—Pues deja tranquilo a Riddell.

—Está bien.

Entró un sujeto, entregando un diario a Tip, quien lo hojeó rápidamente.

—Buena ganancia para nosotros. Todos apostaron por Tommy Boy, yo contra él... y hemos ganado.

—¿Le hiciste zancadilla?

—No. El caballo no estaba bien. No tuve que meter mano.

—Lo celebro. Y si ya no me necesitas, me permitirás marcharme.

—Vete... pero cuidado.

Y, entretanto, el matrimonio Ludeking jugaba en una de las mesas y perdía de una manera considerable. La suerte les era esquiva, y Angeles rabiaba ante esta constante mala estrella.

—Dile a Tip que nos preste mil dólares... Anda.

El marido, siempre paciente, se dirigió al despacho de Tip, donde éste volvía a encontrarse solo y le pidió aquella cantidad. Se la entregó Tip y luego le dijo:

—A propósito, mis amigos y yo vamos a jugar al pocker esta noche... ¿Quieres venir?

—Puede que vaya, aunque estoy de malas.

—La suerte ha de cambiar. No todo han de ser contrariedades.

Y horas después, en el mismo casino, tenía lugar la partida de pocker entre Tip, Ludeking y varios compinches del primero.

La suerte continuaba mostrándose adversa para Ludeking, quien, habiendo perdido cuanto tenía, propuso a Tip:

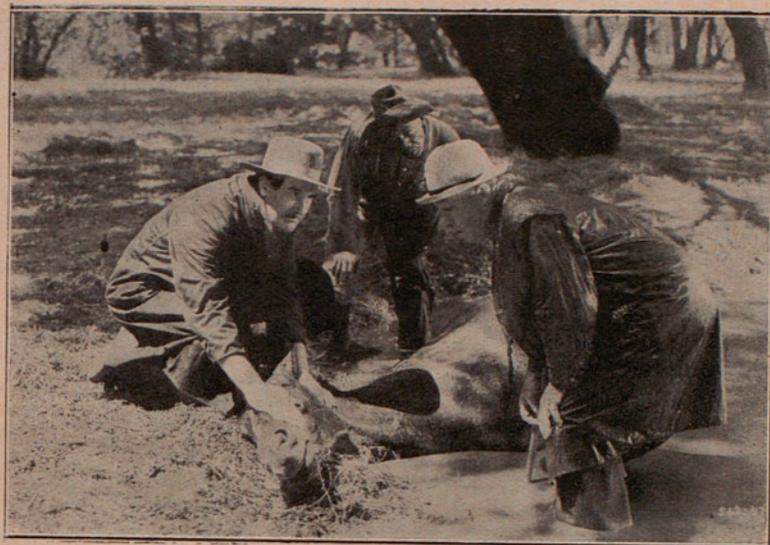
—Quédate con mi caballo.

—¿Te lo vendes?

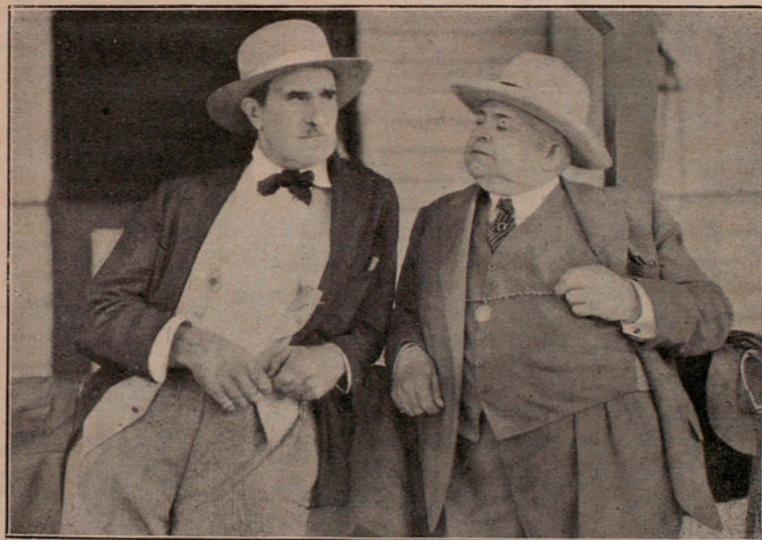
—Ese caballo me arruinó... Angela quiere venderlo.

—Te lo compro. Te doy quince mil dólares.

—¿Quince mil dólares? De ningún modo. Me ha costado cincuenta mil.



—Era mi mejor yegua.



—¿Qué tal estás de caballos este año?



—Guárdame el sitio...



—Te quiero con locura.



... volvía a las caballerizas...



—... crerán que les engañé.



... contemplaron a Tommy...



Jim sonrió...

—Ha pasado tiempo. Está ahora en decadencia. Estará acabado antes de que tenga tres años.

—No... no...

—Te daré veinte mil.

—Está bien... Es tuyo... Y como Angela vuelva a querer colores, la pongo lila.

Y mientras tanto, se encontraban en el jardín Riddell y la hermosa Ruby.

Había terminado ya el juego en el casino. El enamorado besó a aquella mujer, a la que tenía dentro del alma como algo imborrable y consustancial.

Ella, que le quería también, se apartó de sus brazos.

—Estamos jugando con fuego.

—Te quiero. Nada me importa.

—No podemos engañar a Tip. Ninguno de los dos tendríamos nada sin Tip.

—¡Déjalo!

—¿Y tú?

—Yo no puedo dejarle. Tip me ha prometido meterme en las carreras, donde se gana mucho dinero.

—Ya ves. No podemos traicionarle. Yo tal vez hubiese muerto de hambre si no fuera por Tip.

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero... pero tenemos las cartas en contra nuestra... y perderíamos.

Y fué en vano que él insistiera. Ruby quería guardar fidelidad a Tip, aunque su corazón la traicionaba inclinándose por el otro, por el hombre más joven, más bueno, más gentil...

* * *

Días después, Ruby, Tip y Riddell fueron a las caballerizas y estuvieron visitando las cuadras y el caballo Tommy Boy.

La carrera iba a celebrarse al día siguiente, y Tip tenía esperanzas de obtener una gran victoria. Aquellos días de reposo habían ido bien para el admirable potro, que volvería a recuperar lo perdido.

Ya cuando estaban en el auto, Riddell hizo observar a Tip:

—He estado examinando bien a Tommy. Creo que no debería correr aún. No se puede abusar de un caballo.

—Pues Tommy va a correr y va a ganar, ¿entiendes?

—Pero...

—Yo mismo le daré a Tommy la *medicina*.

—No lo hagas. Lo vas a estropear.

—Si no te gusta mi sistema, puedes irte.

Tip, como iluminado por una idea repentina, volvió a las cuadras y entonces Ruby invitó a subir al auto a su amigo.

El aceptó y vió con estupor cómo la joven sacaba del monedero una botellita y bebía un poco de licor.

—Deja eso, Ruby. Te puede hacer daño. Estás bebiendo demasiado.

—Lo necesito.

—Mal remedio.

—Bueno para el mal que tengo.

—¿Qué mal?

—¡Tú!

—Es fácil remediarlo. Te quiero con locura. Correspóndeme y seremos felices.

—Ya sabes que no puede ser.

—Un día u otro habrás de hacerme caso.

—Mientras todo esté así, no. Pero vámonos ya... Acompáñame a unas compras.

Y, entretanto, Tip volvía a las caballerizas y al encargado de las mismas, que estaba a sueldo suyo, le entregaba una pócima para que la diese a Tommy, pócima que había de provocar una momentánea energía al caballo aunque luego, a causa de su intensidad, había de arrancarle las últimas energías.

Le dió aquel medicamento al caballo, y el perro, el amigo que no había abandonado nunca a Tommy, ladró desafortadamente, como si comprendiera que estaban haciendo algo terrible contra la salud de su camarada.

La carrera iba a ser el acontecimiento del año. Todos los amigos de Tip habían apostado por Tommy, pues el jefe les había dado seguridades absolutas de triunfar.

Riddell, de orden de Tip, volvió al día siguiente a las caballerizas y le dió a Tommy también las píldoras que mantenían en el caballo una energía artificial. Aunque le repugnaba aquello, se venía en la precisión de ayudar al jefe en los bajos procedimientos que éste usaba.

¿Conseguiría esa fuerza de artificio dar a Tommy las energías de antaño? ¿O, por el contrario, perdería otra vez?

La tarde de las carreras se hallaban en el casino Tip y sus amigos convencidos todos de su triunfo. Los amigos habían expuesto todo su dinero en el caballo favorito y calculaban ya, con las cuentas problemáticas de la lechera, las ganancias que obtendrían en la liquidación.

Tip se dirigió de nuevo al hipódromo, donde encontró a Riddell, quien le dió malos informes acerca del caballo.

—Estás en un brete, amigo... Has asegurado a tus amigos que ganarían... y Tommy no puede ganar... Necesita descansar.

—No... Le daré otra dosis de... te.

—Ya le hemos dado, tanto, que no le hace efecto.

—No importa.

—Lo vas a matar.

—Dale hasta que le haga efecto.

—No quiero ya. No me gusta abusar de una pobre bestia.

—Te lo mando, ¿entiendes?, te lo mando.

Y Tommy, ante la severísima orden dada por su jefe, no tuvo otro remedio que acceder y le dió otra píldora al caballo.

Llegó la hora de la carrera, y castigado duramente el caballo

Tommy Boy por todos aquellos tóxicos, no consiguió triunfar y fué de los últimos en llegar a la meta.

Desesperado, comprendiendo que había arruinado a sus amigos y que éstos, que no reparaban en medios, le exigirían terribles responsabilidades, volvió Tip al casino y se dispuso a arreglar su equipaje para marchar precipitadamente de la ciudad.

Riddell fué con él y también Ruby entró en su cuarto, mirando sorprendido cómo arreglaba las maletas.

—¿Cómo? ¿Te vas?

—No hay otra solución. Han perdido y creerán que les engañé. He hecho un mal negocio... ¡Ah, Riddell! ¿Diste tú las píldoras al caballo?

—Prometo que se las di, pero el animal estaba tan gastado que ya no surtieron efecto.

—Toma esos documentos, Ruby... Son mis títulos de propiedad del caballo. Véndelo y vive entretanto del dinero que saques... Séme fiel.

Ella miró a Riddell, luego a Tip y, mujer que quería mantenerse leal, le juró:

—Lo seré.

—¡Gracias!... ¡Adiós, todos!

Apenas hubo salido y cuando Riddell se disponía a tener una larga conversación con la muchacha, sonó un tiro.

Se asomaron al corredor y vieron desplomado en tierra y muerto a Tip...

Unos hombres huían en aquel momento. Eran los cómplices de Tip que, considerándose engañados por éste, habían pagado la supuesta traición con un certero disparo que acababa con la vida del aventurero.

Ruby se echó a llorar... Aunque no pasión, sentía gratitud por aquel hombre... Y unas lágrimas tiernas de mujer mojaron el rostro ya frío del jefe.

Riddell, en un rincón, respetaba silenciosamente su pena.

* * *

Días después, Ruby y Riddell se encontraban en las caballerizas acariciando al pobre Tommy, flaco y débil, envejecido con el latigazo de los tóxicos. Junto a él estaba el perro fiel, el camarada viejecito.

—He encontrado quien compre a Tommy—dijo Riddell.

—¿Quién lo quiere?

—Eddie Fraser te dará cuatro mil dólares por él.

—¿Eddie Fraser, ese hombre odioso que siempre ha tratado tan mal a todo el mundo? No... no... Mira, le tengo mucha simpatía a Tommy a pesar de que él fué, indirectamente, el culpable de la muerte de Tip... ¡Pero es un animalito tan bueno, tan decente!...

—Peto tú necesitas el dinero y...

Ella, viendo la insistencia del joven, le miró fijamente.

—Dime una cosa... ¿No eres tú y no Fraser el que quiere comprarlo?

—Pues bien, sí.

—¿Y qué harías tú con Tommy?

—Tommy es joven aún y puede prometer mucho. Yo le pondría en condiciones para correr.

—¿Legalmente?

—Sin píldoras. Me arrepiento de ello. Palabra.

—Pero ¿de verdad?

—Haría lo posible.

—¿De verdad lo harías?

El bajó los ojos.

—Probablemente, no.

—Pues entonces no te doy a Tommy.

—Sí, mujer. Pienso regenerarme al igual que Tommy.

—¿Podrás hacerlo?

—Puedo hacerlo.

—Me gustaría saber cómo.

—Pues mira, llevaré a Tommy de nuevo a Jim Rellence; él lo curará.

—¡Admirable! ¡Sí... sí!... Te doy a Tommy... Mejor dicho, será de los dos... Y lo regeneraremos... y nos regeneraremos todos... Tú ya no emplearás más píldoras, yo dejaré la bebida.

—¿De verdad, Ruby?

—Te lo prometo.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿Quieres ser mi esposa?

—Cuando Tommy haya triunfado... ahora nos debemos al pobrecito... al que tú hiciste tanto daño.

—Bien me arrepiento.

Y se besaron, prometiéndose rectificar el rumbo de sus vidas y encaminarlas por una senda de dignidad.

Y al día siguiente el caballo Tommy fué puesto en un camión y enviado a la posesión de Jim Rellence.

Ruby se dirigió también a aquella finca, con el ánimo de no estar lejos del noble animal, por el que sentía tan vivo afecto.

La llegada de Tommy fué un acontecimiento en la hacienda. La servidumbre negra lloraba de gozo. Jim Rellence demostró también una gran satisfacción al ver al hijo de Quennie. ¡Pobrecito potro! ¡Cuán flaco volvía! ¡Qué mal habían sabido aprovechar sus energías, su valor!

La yegua Honey Gal, la que había amamantado a Tommy, empezó a relinchar y a dar violentos respingos. Reconocía al caballito, y éste, a su vez, reconoció a la yegua buena. Y corrió a reunirse con la que le había hecho de madre y ambos se acariaron.

Había llegado también Ruby, que se sentía ya contagiada del mismo optimismo que parecía haber invadido al propio caballo.

—¡Pobrecito Tommy!—decía Jim—, Te han hecho todo el mal que se puede hacer.

—Si hay alguien que pueda curarlo, es usted, señor Rellence.

—Veremos, veremos. Pero, ¿cómo paró en sus manos?

—En... pago de unos favores. Lo quiero. Nuestras vidas se pa-

recen. Ambos necesitamos regenerarnos. ¿Lo hará usted lo que era?

—Haré todo lo posible.

—¿Me permitirá verlo a menudo?

—Cuando usted quiera.

—Me estaré en la puerta todo el día.

—Podría usted comer aquí todos los días. Mejor dicho, vivir aquí. Hay catorce habitaciones vacías.

—Sentiría molestar...

—No, no. De ninguna manera. Ya está. Se queda a vivir con nosotros.

Y fué de este modo cómo Ruby no tuvo necesidad de separarse de su querido Tommy.

* * *

Pasaron unas semanas. El caballo volvía a ser el de antes. Los aires de la campiña fortificaban su organismo, volviendo a dar a sus carnes una valiosa agilidad.

También Ruby sentía la influencia del ambiente. Era otra mujer. Quería ser buena en lo sucesivo. No abandonar jamás el camino recto. Pensaba en Riddell, que le había escrito. ¿Conservaría ese muchacho su mismo espíritu de regeneración, o por el contrario, se habría dejado caer otra vez en la blandicie del vicio?

Un día se presentó Jimmy Riddell en la hacienda. Ella le recibió con vivísima alegría y ambos contemplaron cómo Tommy corría por la pradera, a un trote metódico y sin experimentar el menor cansancio.

—El doctor "Jim Rellence" nos lo ha curado—explicó Ruby.

Se acercó al grupo Jim y saludó al joven, invitándole a permanecer en la casa. Riddell aceptó muy agradecido a tantas muestras de bondad como allí le daban.

Después de comer opíparamente, fueron aquella tarde a pasear por el campo y luego volvieron a las caballerizas y contemplaron a Tommy, que cabeceaba como saludando a sus amigos.

—Todos habéis cambiado—explicó Riddell.

—Y tú, ¿qué has hecho?—interrogó ella anhelosa.

Amargamente el joven suspiró:

—Lo de siempre.

—¿Cómo?

—Me he unido a Fraser, ese comerciante de caballos. Necesitaba dinero y he tenido que ofrecerle mis servicios.

—¡Fraser es un bandido! Parece mentira que estés con él.

—No es tan malo como parece.

—Me has desilusionado. Yo creía que no volverías jamás a tener trato con gente que no andase muy derecha. Me lo habías prometido.

—Sí; pero la necesidad es mala consejera. Pero no he venido a reñir contigo; háblame de Tommy.

—Tommy se está poniendo en condiciones otra vez. Va a correr en el próximo Derby.

—¿En el Derby?

—¿Por qué no?

—Sería una locura. No puede ganarle a Bar Sinister.

—¿El caballo de Fraser?

—Sí. Fraser es el dueño de Bar Sinister.

—No me importa. Lo derrotaré el día del Derby. Y lamento que tú estés al servicio de mi enemigo. No me quieres.

—Con toda el alma te quiero, bien lo sabes. Pero la vida es la vida... y hay que luchar. Creo que no deberías hacer correr a Tommy.

—Quiero que corra por su propio prestigio, para que dé lo mejor que tiene y gane honradamente.

—¡Bonita idea!

—He aprendido mucho de caballos. Si Tommy pudiese hablar, me diría: Gracias, Ruby, por haberme sacado de esa vida y por haberme puesto en mi lugar.

—Lo estás tomando muy en serio, ¿verdad? Acuérdate que Tommy puede darte un desengaño.

—Los hombres me desilusionan más.

—Bien, no riñamos. Prefiero hacerte el amor.

Al día siguiente el ganadero volvió a reunirse con ellos, que parecían haber hecho las paces. Jim sonrió. Le eran simpáticos los dos jóvenes. Riddell iba a partir en seguida, pues tenía asuntos en la ciudad.

—Me dice Ruby que Tommy va a correr en el Derby.

Jim sonrió.

—Ya está apuntado, pero no sé si podrá correr.

—No creo que Tommy esté en condiciones.

—No sé...

—¿Verdad que no está Tommy como antes?

—No. Está mejor.

Riddell marchó poco después, volviendo a recomendar a Ruby que no hiciesen luchar a Tommy, pues temía que éste perdiese en su lucha con el caballo de Fraser. Además, le molestaba estar al servicio de este hombre, mientras su novia luchaba por el otro potrero. Ya anhelaba profundamente librarse de la compañía de Fraser, y tan pronto terminasen las carreras procuraría abandonar su colaboración. Lo primero del mundo era su novia.

* * *

Y llegó el día de la gran carrera de Churchill Downs, inmenso hipódromo que rebosaba de una multitud impaciente. Gente venida de todas partes del país anhelaba ver correr los caballos de pura sangre. Para contener la impaciencia del público, se habían efectuado unas carreras preliminares, y una banda militar tocaba pieza tras pieza. El vicepresidente de los Estados Unidos presidía la magnífica fiesta.

Tommy estaba preparado para correr. Ben, el criado negro, y

sus hijos acariciaban al caballo que estaban seguros iba a revivir laureles viejos. También Ruby estuvo a verle, acariciando al potro, que la miraba con ojos inteligentes, como si prometiera un espléndido triunfo.

Pero Ruby estaba nerviosa, porque había visto a Riddell en compañía de Fraser y laborando por este hombre. ¡Ah, no le podría perdonar nunca que su propio novio estuviese al servicio de un caballo rival! Ni aunque buscara para justificarse todas las excusas del mundo.

Riddell, inquieto, se encontraba en compañía de Fraser y otros sujetos que rodeaban al hermoso caballo Bar Sinister.

—Está como una hoja de acero. Va a ganar a todos.

—¿A cuáles tiene que ganar?

—Por las apariencias, a Pittstugher—indicó el jockey—, pero veo que se habla también mucho de Tommy.

Fraser hizo un gesto indiferente.

—Sólo palabras. No sirve. Además, para que os enteréis, el jockey que ha de montar a Tommy está comprado por mí.

—¡Maravilloso!

En cambio, Riddell se estremeció. La idea de una traición, de que pudieran derrotar a aquel caballo con armas innobles, le sulfuraba. No olvidaba que Tommy era de su novia... y él sólo quería que hubiese noble lid.

Los tres hombres vieron de pronto a Jim Rellence que iba hacia la oficina de apuestas y entregaba unos billetes.

—Ese es Jim. Entérate de lo que hace, Riddell.

—Voy allá.

Y Riddell se dirigió al encuentro del ganadero. Quería sondear a éste algunas informaciones, averiguar si Tommy tenía o no propabilidades de vencer.

—Apuesta usted por él, ¿no?

—¡Bah! Una cantidad sin importancia. Sólo apuesto por motivos sentimentales. Lo crié, pero lo probable es que pierda.

Al sacar el pañuelo para enjugarse el sudor, le cayeron al suelo numerosos billetes de apuestas, lo que desmentía su afirmación.

Riddell se alejó preocupado, pensando en la traición que se forjaba una vez más contra el pobre Tommy. ¡Y él había de ser cómplice! ¡Y él había de combatir esta vez contra su propia novia!

Se acercaba la hora de la carrera definitiva. Ruby no se había separado un momento de Tommy, y le sermoneaba dándole consejos ingenuos, como si la bestia pudiera comprender.

De pronto entró el negro Ben dando muestras de gran agitación.

—Nos han vendido, señorita, nos han vendido. Tommy no puede ganar.

—¿Por qué?

—Me lo ha dicho uno que sabe la pura verdad.

—¿Cómo?

—Los de Fraser lo tienen todo arreglado. Han comprado a nuestro jockey, quien va a aguantar fuertemente con las riendas a Tommy, impidiéndole avanzar con rapidez.

—¡Los infames! ¡Pero no puedo creer eso de Riddell!

Y, sin embargo, tuvo que convencerse a sí misma de que Riddell la estaba engañando. Y sintió un vivo dolor en el corazón y le pareció que aquella espina clavada en el alma nunca la abandonaría...

Pero pronto reaccionó, acostumbrada a las grandes dificultades del momento.

—Tenemos que hacer algo. ¿Podemos conseguir otro jockey?

—No hay tiempo. Faltan pocos minutos.

—¡Oh, no puede ser que le hagan trampa! ¡Tiene que ganar! ¡Tiene que ganar!

Pareció buscar un medio para salir de tan grave situación. De pronto, el criado negro pareció tener una idea luminosa. El conocía mucho a Tommy y sabía de lo que era capaz.

—Tommy podría ganar sin jockey.

—¿Qué dices?

—El jockey tirará de las bridas para que no pueda el animal coger todo su impulso. ¿Verdad? Pues podríamos cortar las riendas...

—¡Es verdad! Para que el jockey no lo pueda aguantar, ¿eh?

—Lo ha dicho usted.

—Pues, manos a la obra.

Ben y su hijo quitaron la montura del caballo y con una navajita comenzaron la tarea de hacer un buen corte en las riendas.

Pero en aquel momento se presentó el jockey, hombre de rostro de traidor, quien, viendo al caballo sin montura, preguntó:

—¿Dónde está el equipo de Tommy?

Ben se excusó:

—No lo podemos traer con la brida... porque se pone hecho un diablo.

—¡Ensíllelo inmediatamente!

—Sí, sí.

—¡Vamos, dense prisa!

Salió unos momentos el jockey y los tres conjurados acabaron de realizar la operación de cortar en una gran extensión la brida. De esta manera, cuando el jinete tirase de las riendas para impedir el avance de Tommy, se encontraría con que se desgarraría la brida y no podría dominar ni contener la impetuosidad instintiva del animal.

Ruby acarició de nuevo a Tommy.

—A ganar, Tommy... a no dejarte traicionar por nadie.

Cabeceó el animal como aceptando sus consejos. Ya verían de lo que era él capaz. Y fué a reunirse con los demás caballos, que, ya en fila, esperaban el momento del disparo que señalaría el comienzo de la carrera.

* * *

El speaker transmitía a los cuatro vientos noticias de lo que ocurría en el hipódromo.

—Ya están todos en línea. Cada caballo como un atleta ansioso de ganar. El número uno es el Sweep All. El dos el Oakwood... y el ocho es Tommy, el caballo que parece vuelve a encontrarse de nuevo en condiciones. Pero, sin duda, uno de los favoritos es el número nueve, el Bar Sinister, que lleva el dinero de casi todos los jugadores. Pittstugher y Júpiter son también favoritos. Todos quieren ganar. En la sangre llevan todos el orgullo de la raza... y harán lo que puedan para vencer.

Fraser y su gente se hallaban seguros del triunfo. Junto a ellos, Riddell estaba nerviosísimo, mirando ora al caballo Tommy, ora a Ruby, que había ido a ocupar un palco. ¡Ah, sentía que aquella carrera iba a romper para siempre el amor de los dos jóvenes! ¿Por qué tuvo que aceptar él nunca colaborar con Fraser?

Por su parte, Ruby, con los gemelos, examinaba al animal en cuya victoria tenía una confianza ciega. Tommy habría de vencer pese a la traición del hombre que lo montaba.

La servidumbre negra se hallaba junto a ella, ansiosa también del triunfo de aquel pura sangre nobilísimo. Ben y Sam acariciaban de vez en cuando una pata de conejo con la creencia supersticiosa de que había de traerles suerte.

Se oyó la detonación que anunciaba el comienzo de la carrera y los caballos salieron disparados como flechas. Pronto fué una lucha implacable, magnífica, en la que destacaron tres o cuatro caballos, entre los que figuraban Bar Sinister y Tommy.

Fraser y su gente esperaban el momento en que Tommy, cuyas buenas cualidades no desconocían, comenzase a quedarse atrás. Y Ruby y los suyos anhelaban que Tommy les pasase a todos, rechazando la traición que había querido herirle de tan indigna manera.

—¡Tommy, Tommy! ¡Adelante!—gritaba Ruby.

—¡Bar Sinister, Bar Sinister!

Había un griterío espantoso. La gente se estremecía de emoción ante el resultado incierto y el derroche de valor de aquellos ejemplares de las mejores cuadras.

El jockey que montaba a Tommy quiso moderar el impulso instintivo de éste tirando enérgicamente de las riendas, sin darse cuenta de que el corte realizado en las bridas se iba abriendo de manera considerable, con la amenaza de romperlas por entero.

El caballo continuaba avanzando, sin que le hiciera mella la fuerza ya incompleta del jockey.

—El jockey espera demasiado—gritó Fraser—. ¿Qué hace ese hombre?

La joven animaba a Tommy con grandes gritos:

—¡No te dejes, Tommy! ¡Tira... tira más fuerte!

—¡Tommy, Tommy! ¡Adelante!—decían los negritos.

La bestia, en su avance, adelantaba mucho... Tiró de nuevo con tal furia el jockey, que las bridas vinieron a romperse, y entonces, para no caer, tuvo que agarrarse a las crines del caballo.

Y éste avanzaba, avanzaba, desbocado ya, pero guiado por el afán de victoria, hacia la meta.

El jockey comprendió, desesperado, que ya no podía realizar sus propósitos. Y a duras penas pudo mantenerse sobre Tommy, que adelantaba una a uno, hasta llegar con una ventaja considerable a la meta triunfadora. Era vencedor y de nada habían valido los ardides para derribarle de su trono.

Fraser lanzó una maldición. Quedaba arruinado. Aquel jockey tan torpe no había sabido contener a Tommy. Por los labios de Riddell pasó una alegre sonrisa. Estaba satisfecho de ello. No hubiera querido que Fraser se saliese con la suya.

Jim, los negros y una gran multitud, rodeó a la propietaria del caballo Tommy, a Ruby, que besó entusiasmada al noble animal que había sabido triunfar contra tanto enemigo.

Las autoridades se acercaron a ella y le ofrecieron valiosos regalos, mientras con una corona de laurel era premiado el noble Tommy, que había vuelto por sus fueros de antaño.

Riddell había estado rondando por allí, sin atreverse a acercarse, temiendo que la joven le rechazara. Pero al fin no pudo resistir por más tiempo su anhelo y fué al encuentro de su novia.

—Te felicito, Ruby.

Ella le volvió despectivamente la espalda.

—No quiero tus felicitaciones.

—Pues yo me alegro de que hayas ganado. Te lo prometo.

—¿Tú querías verlo perder. Y eres de la banda del hombre que ha usado de los más innobles procedimientos para ello. Comprar al jockey, inclusive. Pero, ya veis que Tommy ha sabido vencerlo todo. Adiós.

Y, abriéndose paso, se apartó de allí, seguida del negro Ben, que tristemente le decía:

—No debía haberle hablado así, señorita.

—¿Por qué no?

—Si no hubiera jurado no decir nada... le podría decir algo a usted.

—Es preciso que hables. ¿Qué ocurre?

Y le miraba llena de ansiedad.

—Me hizo jurar que nunca diría que... él me avisó que íbamos a perder la carrera.

—¿El?

—Sí, señorita. Me indicó que el jockey estaba comprado... pero

me hizo jurar que nunca le diría a usted que él la había advertido.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobre Riddell! ¡Y yo le he tratado tan mal!...

Y llorando de emoción, corrió al encuentro del joven, que paseaba tristemente, viendo ya sin objeto su vida, amargada por la derrota de sus ilusiones de amor.

—Riddell, ¿por qué callaste? ¿Por qué no me decías que gracias a ti llegamos a tiempo de salvar a Tommy?

El sonrió con melancolía. Aquel negro no se había podido callar la verdad.

—¿Lo sabes?

—¡Todo!

—Pues bien. Sí. Tommy merecía juego limpio, y yo no podía consentir en una traición.

—Gracias, Riddell, gracias.

—Ya lo sabes. Y rescindo mi contrato con Fraser. No quiero saber nada más de él. En lo sucesivo, quiero regenerar mi vida, si es preciso, lejos de ti, para que veas que es cierto mi arrepentimiento.

—No, lejos, no. A mi lado. Conmigo...

—¿Entonces?...

—¿No ves que te perdono?

Y mientras se abrazaban, sellando la paz de sus corazones, el negro abrazaba y besaba al caballito triunfador, y le decía:

—¿Te acuerdas, Tommy, cuando tu tío Ben te llevaba en brazos?

FIN

Números publicados:

CHANDÚ, por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Gustav Froehlich
y Liane Haid

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy
¡ALÓ, PARIS!, por Josette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaban de aparecer:

La sensación de la temporada

LA PELÍCULA DE LAS ESTRELLAS

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en
GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biografías - Argumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones.

Precio el de costumbre: 1 peseta

HOLLYWOOD AL DESNUDO

por Constance Bennett, Neil Hamilton, Lowell Sherman,
Gregory Ratoff, etc.

SANGRE ROJA

por Clara Bow, Gilbert Roland (Luis Alonso),
Estelle Taylor, etc.

— y —

EMMA

por Marie Dressler, Jean Hersholt, etc.

Acaban de reaparecer:

EL BESO

Creación de Greta Garbo

EN CADA PUERTO UN AMOR

por Conchita Montenegro, José Crespo, etc.

— y —

LA MUJER X

por María Ladrón de Guevara y Rafael Rivelles

¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

E. B.

